
Brenda Escobar.

De los conflictos locales a la guerra civil. Tolima a finales del siglo XIX,
Academia Colombiana de Historia:
Bogotá, 2013.

La guerra de los Mil Días comienza en las coordenadas intelectuales mediante las cuales ese conjunto de sucesos puede ser aprehendido y dotado de sentido. La autora, por tanto, se detiene en diversos apartes a precisar conceptos y a delimitar problemas que resultan decisivos para una adecuada dilucidación del asunto. Las guerras civiles colombianas en general le suscitan una serie de preguntas sustanciales y su trabajo tiene la ambición saludable de impugnar algunos tópicos que cristalizó la Nueva Historia y que aún gozan de gran prestigio. Como aquella idea según la cual en el siglo XIX (y en gran parte del XX) la sociedad colombiana estuvo dividida de uno a otro extremo por las adscripciones partidistas. U otra, según la cual los distintos grupos sociales vivieron los conflictos de la más diversa índole a partir de aquellas intensas adscripciones partidistas.

La primera parte del libro inicia presentando algunas generalidades del régimen político colombiano de la segunda mitad del siglo XIX, de la formación del Estado del Tolima y de la población de esta región. Estos apuntes más bien inocuos dan paso a un aspecto esencial de la investigación: la manera como la sociedad tolimense, y particularmente los grupos populares, vivieron los múltiples conflictos que allí tuvieron lugar en las décadas que precedieron a la guerra de los Mil Días. Con una documentación amplia y pertinente, Brenda muestra cómo en esa sociedad tolimense, en gran medida aluvional, no se dio una alineación de campesinos contra terratenientes, o de campesinos contra el Estado, sino que ese mundo rural y pueblerino fue escenario de las más variadas y cambiantes tensiones y alineamientos.

La autora muestra con solvencia la manera como desde el mundo local fueron experimentados ciertos conflictos ligados a la propiedad sobre la tierra o la fiscalidad, sin que una tensión articulada de manera permanente a unos grupos contra otros o a un partido contra otro o contra el Estado. Pero cuando va a extraer conclusiones, el esquema interpretativo tiende a imponerse sobre los elementos de su propio relato.

Una de las principales ideas que desea controvertir consiste en la suposición de que los grupos no pertenecientes a las élites participaron en las guerras civiles de manera entusiasta, automática, detrás de sus respectivos partidos y caudillos. Ese equívoco, que algunos historiadores han comenzado ya a desmontar, bien vale la pena ser impugnado, pero en este camino la autora va en ciertos momentos demasiado lejos, hasta erigir una separación artificial entre el mundo popular y el ámbito de lo político. Advierte que va a considerar la política más allá de la intervención de los actores en el ámbito de las “instituciones políticas ortodoxas y sus sistemas representativos” (p. 38), y esta perspectiva, justamente, hubiera debido inclinarla a superar el abordaje de la política como la expresión de conjuntos doctrinarios particulares, explícitos y altamente coherentes. Por el contrario, señala que los grupos populares del Tolima no tuvieron una “conciencia política” que los hubiera llevado a buscar “la abolición de impuestos, el sufragio universal, o el federalismo, sino que solo estaban defendiendo *sus* posesiones, no pagaban *sus* impuestos, o bien, no obedecían a la autoridad” (p. 162). Y subraya en diversas ocasiones cómo aquellos grupos no se organizaron en absoluto para defender ideales comunes sino más bien intereses individuales, pero esta afirmación se asemeja a un lamento por la inexistencia en el Tolima de grupos sociales homogéneos y movilizaciones colectivas significativas, mientras que predominaron las acciones y los intereses individuales, emparentados con el egoísmo. De esta manera, no alcanza a conceder sino ambiguamente que la “conciencia política” pueda también remitir a un conjunto más o menos vago de ideas, sensibilidades y prácticas, que pese a esto pueden servir de insumo a las movilizaciones y las tomas de posición. En este sentido, que es como la pertenencia política es vivida en todas partes, sin afán de hacer concordar la acción política con la filosofía política, su propia investigación muestra que, en su diversidad y su individualismo, entre los grupos populares de una región como el Tolima sí hubo conciencia política. O mejor, conciencias políticas plurales.

Porque buscaron hacer intervenir el Estado en ciertas direcciones que les favorecía, y porque buscaron hacer valer lo que consideraban sus derechos y su condición de ciudadanos. Y porque una vez desatada la guerra muchos se incorporaron al que consideraban su campamento político. ¿Por qué, como lo demanda la autora, hubieran debido reclamar el sufragio universal y el federalismo, y no el libre ejercicio de su catolicismo o el goce de su propiedad? La autora, por lo demás, tampoco muestra que esos grupos se hubieran desinteresado de tales cuestiones. Estos reparos desean mostrar cómo la autora se deja llevar por un supuesto interpretativo y político importante que es usual en los estudios subalternos: la acción política de los sectores populares —en el sentido que se le quiera dar al término *política*— se reduce básicamente a su rechazo del orden y el poder. Además, el mundo popular estaría separado tajantemente del mundo de las élites.

Así, en el capítulo acerca de los conflictos durante la Regeneración, Brenda deja flotar la idea según la cual los grupos populares sintieron un generalizado desdén hacia la política y los partidos políticos. Sobre estos en un aparte sugiere una aguda percepción de su rol: fueron importantes pero no determinaron todas las tensiones que vivió la sociedad tolimense (p. 139). Solo que en su relato no le presta atención a la manera como efectivamente fueron importantes esos partidos, concentrándose en cambio en mostrar lo ajenos que habrían sido los tolimenses respecto al liberalismo y el conservatismo. No se interesa en las elecciones, ni en los discursos partidistas, ni en el rol de los intermediarios políticos, aspectos que hubieran mostrado, además, algo fundamental: una sociedad no es legible simplemente en sus querellas. Brenda deja ver que los partidos y sus periódicos se mezclaron en la disputa por las tierras ejidales de Ibagué y la renta de aguardiente. En este conflicto, lo demuestra con claridad, no se pusieron de un lado los liberales y del otro los conservadores, sino que en los distintos reclamos, grupos y movilizaciones se alinearon de uno y otro bando en proporciones más o menos idénticas, produciéndose incluso una división al interior del liberalismo. Pero ese involucramiento partidista apenas le interesa, cuando él hubiera permitido ver que las tensiones sociales no están separadas intrínsecamente de las luchas políticas, aunque el vínculo entre lo uno y lo otro no es evidente e inmediato, como se piensa cuando se espera que los hombres intervengan en la arena política solo para ser coherentes con los principios filosóficos de su partido.

De igual manera que insinúa el supuesto desdén de los grupos populares hacia la política a partir de sus presupuestos interpretativos y no de su relato, así sucede con el Estado y su relación con la sociedad. Brenda participa del lugar común según el cual en el siglo XIX el Estado estuvo caracterizado por una ilegitimidad esencial, y, por si fuera poco, acepta que en realidad no tuvo existencia. Así, no duda en afirmar esto: “En el siglo XIX, las medidas del Estado que comenzaba a formarse en Colombia [...] carecían de legitimidad y por consiguiente eran percibidas como actos arbitrarios. [...] Los gobiernos se sucedieron durante todo el siglo, o bien por elecciones fraudulentas o bien por guerras civiles” (pp. 118, 119). En otro aparte admite que debido a su incapacidad de monopolizar completamente la violencia, no es plausible hablar de un Estado en estos territorios (pp. 38-39, 166-167). El problema de estas aseveraciones es que su propia exposición las contradice. Si el Estado careció de legitimidad, ¿por qué tan diversos grupos y personas recurrieron a él para zanjar sus disputas? Brenda muestra en muy variadas ocasiones cómo a pesar de sus limitaciones y de las anomalías de los funcionarios, hubo un Estado que ejerció su rol de árbitro y de gestor por encima de los actores en contienda, bien fuera por la propiedad o el uso de la tierra, o por las rentas. Que hubo un Estado que no actuó por principio a favor de los hacendados, los notables locales o las empresas mineras, aunque estas fueran extranjeras (pp. 101, 111, 118-119, 126-129, 147-148, 155-156, 162).

Pero si en un segmento del libro la autora tiende a omitir los vínculos que pudieron existir entre el ámbito de lo político y los grupos populares, en otro muestra cómo la relación de las gentes del común con los partidos fue mucho más compleja de lo que ha llegado a creerse. Este aspecto constituye, de hecho, una innovación interpretativa importante respecto a las guerras civiles y la historia política colombiana en general. Porque, como lo recalca con razón, diversos historiadores destacados han reducido los partidos políticos del siglo XIX a un odio inextinguible creador de una separación casi ontológica que se evidenciaría en la sociedad entera y se habría traspasado al siglo XX. En lugar de esas suposiciones poco documentadas Brenda encontró en el Tolima, particularmente entre los liberales, que si bien una parte de los agentes políticos actuaban a partir de fuertes convicciones, que los llevaban de antemano a la confrontación, así también muchos individuos participaron con una actitud pragmática que

les permitía ver al adversario con cierto grado de tolerancia, no deseando ni la confrontación con los conservadores ni tampoco ser borrados del mapa político. No es claro, entonces, que los liberales belicistas y sectarios hubieran llevado la batuta de su partido, y la guerra de los Mil Días en el Tolima permite además entrever cómo la conflagración abría la posibilidad de que los cauces partidistas fueran alterados y los “guapos” terminaran imponiéndose al resto de su partido y de la sociedad.

La autora muestra, contra otra idea que suele darse por sentada, que la mayor parte de los liberales del Tolima entraron a la guerra no en razón de su previa conexión y subordinación a los liderazgos y las dinámicas nacionales del partido, en cuyo caso habrían estado aguardando la orden para lanzarse al combate. Gran parte de esos sujetos fueron lanzados a la lucha armada por el temor de ser reclutados o agredidos por el gobierno o los conservadores, materializándose así un encasillamiento político previo que iría a incrementar la confrontación.

El involucramiento en la guerra, pues, generalmente no se dio a partir de algún tipo de red preexistente, sino que fue en el desenvolvimiento de las hostilidades que se construyeron los vínculos entre los combatientes, y ellos fueron por lo tanto más bien frágiles y fugaces. Como lo fueron también los liderazgos que de allí surgieron. En este sentido, el libro pone en duda el esquema interpretativo de historiadores como Fernán González, que suponen una Colombia decimonónica articulada por una red de caudillos regionales firmemente implantados y con gran capacidad para negociar con el Estado, llegando incluso a suplantarlo. *De los conflictos locales a la guerra civil* muestra, por el contrario, la fragilidad de la ascendencia existente entre jefes y subalternos antes y durante la guerra. Quienes participaron en las guerrillas generalmente no están vinculados por una relación de vieja data entre el patrón y su clientela, entre el hacendado y sus peones, entre el caudillo político y sus prosélitos. Así pues, este libro nos revela cómo los hombres del común no tomaron las armas simplemente como víctimas pasivas o agentes del fanatismo político, y cómo la actitud de los liberales respecto a su partido fue muy variada, al igual que lo fue respecto al gobierno regenerador incluso durante las hostilidades.

Finalmente, *De los conflictos locales a la guerra civil* contribuye a impugnar

otra idea que arraigó fuertemente entre los colombianos en las últimas décadas, la cual fue afianzada incluso por investigadores juiciosos como María Teresa Uribe. La señora Uribe en un interesante artículo¹ afirmó que la memoria histórica de los colombianos está hilada apenas por las guerras y la violencia. Ella muestra, en efecto, que durante el siglo XIX muchos actores políticos evocaron la violencia y la justificaron, pero esto no demuestra, como lo pretende, que el imaginario de la guerra hubiera sido el eje articulador de la experiencia de nación. Para llegar a ese tipo de conclusiones hubiera sido necesario un estudio sistemático de la nación colombiana en el cual fueran examinados distintos ejes eventuales de su articulación, desde un punto de vista esencial como lo es el sentimiento de pertenencia a la comunidad política. Porque así como hubo muchas alusiones a la experiencia común de la violencia así mismo hubo muchas alusiones al catolicismo, al rol fundante del notablato social, a la revolución inaugural, a la libertad, a las instituciones republicanas, y de entre todos esos referentes, ¿por qué la violencia sí puede ser aceptado como el hilo conductor de la experiencia de nación? La violencia reciente ha dado a la violencia del pasado el carácter de lazo evidente de la experiencia colombiana. Esa idea infundada y estéril es denegada por este libro, que muestra cómo, entre una guerra y otra, los tolimenses no simplemente estuvieron rumiando sus odios, dispuestos a salir al combate para lavar viejas afrentas.

ISIDRO VANEGAS USECHE

Profesor, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
isidrovanegas@yahoo.fr

1 María Teresa Uribe, "Las guerras por la nación en Colombia durante el siglo XIX", *Estudios políticos*, No. 18 (enero-junio de 2001): 9-27.